

LA CULTURA, ÁMBITO ESENCIAL DEL QUEHACER EDUCATIVO

ARMANDO LABRA MANJARREZ

De tanto emplear algunas palabras, se van desgastando. Su sentido y su contenido cambian sin que nos demos cuenta, incluso aún cuando la palabra esté vinculada a valores profundos de una sociedad.

Es el caso de la palabra “cultura”. Con el paso del tiempo se ha venido asociando a la cultura con una de sus múltiples expresiones, el arte, pero se le ha desvinculado de su más amplio significado antropológico. Es decir, por cultura se suele entender la realización de eventos artísticos, pero ella no sólo abarca al arte, involucra también a la ciencia o a la política tanto como a la comida.

Desde una perspectiva general, cultura es el conjunto de antecedentes y hábitos colectivos que cotidianamente definen a una sociedad, a una nación. La lista es abarcadora. Incluye desde luego la lengua, la historia y los valores, la cosmogonía, la ética y la filosofía de un pueblo. Cultura pues, es un concepto que engloba los rasgos profundos de una comunidad.

Destacar la diferencia entre ambos conceptos de cultura no es ocioso y nos lleva a un terreno estrictamente mundano, el de los dineros. ¿Quién debe definir y fomentar la cultura en un país? ¿Quién debe invertir en ello? Ciertamente, en su sentido más extenso, la defensa y cuidado de la cultura corresponde a la sociedad entera, pero, en particular, corresponde al Estado apuntalar las expresiones de la cultura nacional que nos distinguen respecto al resto de las culturas así como aquellas manifestaciones que otros sectores soslayan y que resultan relevantes para la identidad de la nación.

En el concepto relativamente estrecho de cultura, que concierne a las artes, existen muchos intereses comerciales que concurren para hacer dinero, pero no necesariamente para elevar la calidad del teatro, el cine, la literatura, de igual manera que el empleo de los medios como la televisión o la radio tampoco contribuyen para dignificar a la población, sino todo lo contrario. Al amparo de la libertad se abusa. Y tal abuso pudiera ser tolerable siempre y cuando hubiera

alternativas de mayor calidad. No siempre las hay y la norma es que las ganancias fáciles predominan cuando se baja el nivel del quehacer artístico, sobre todo popular.

*

El punto al que queremos llegar tiene que ver con los montos decrecientes que dedica el gobierno a la cultura en las distintas acepciones que aquí comentamos. Los últimos gobiernos han entendido a la cultura sólo como evento artístico y, además, prescindible, por lo cual los presupuestos correspondientes a dicho quehacer, en el mejor de los casos, se han estancado.

Algo similar sucede con los recursos que se destinan al desarrollo cultural en las universidades, afectando la tarea tanto en el ámbito de las humanidades y de las ciencias como también en el de las tecnologías; en suma, en todos los campos del pensamiento humano que se despliega precisamente en las instituciones creadas para ello, las universidades y demás casas de estudios superiores.

Claro que existe una razón que no por consabida deja de ser falsa: no hay dinero. Todos

aceptamos ese dogma pero pocos han dedicado su tiempo a profundizar en la ausencia real o ficticia de recursos públicos en México. Sin meternos en honduras y complicaciones propias de los economistas y sin necesidad de serlo, un somero análisis de los informes oficiales demuestran que en México el ahorro es mayor que la inversión. Como en el caso de cualquier individuo eso quiere decir que hay excedentes en pesos contantes y sonantes.

No hablemos de los recientes incrementos del precio internacional del petróleo que innegablemente provocan ingresos públicos no previstos y de gran magnitud. Aún sin esos recursos evidentes, mes con mes se registra superávit, bien porque no se gasta el presupuesto o porque se ingresa más de lo previsto. Con gastar lo que no se gasta y un poco mejorar en el pago de nuestras deudas en pesos –contratadas a plazos demasiado cortos, inferiores a tres años–; empleando un pequeño porcentaje de la inmensa cantidad de reservas internacionales para avalar nuevas inversiones, México podría comenzar a crecer a razón de 5% al año en vez de 3%.



La mesa de músico

Henri-Horace Roland de la Porte (1724-1793)

En otras palabras hay dinero público para que la economía, la sociedad, la política y la cultura abandonen su pasmo y contribuyan a reiniciar la senda del desarrollo pleno de nuestras capacidades.

Usted me dirá bueno, si es así de fácil ¿por qué no se hace? Ciertamente no por razones económicas o técnicas sino eminentemente políticas.

Se ha decidido que la economía mexicana no debe crecer para no provocar el crecimiento inflacionario de los precios ni la devaluación de la moneda, aunque la contraparte sea detener al país en todas sus actividades. ¿Por qué tan nefasta decisión política? Me dirá usted entonces. Quizás por aplicar sin chistar recetas financieras que ni siquiera usan los doctores – no en medicina, en economía– que las imponen desde otros países.

El resultado final es que la cultura en México y de México, padece de inanición en todas sus expresiones, sean éstas artísticas o de profundidad antropológica, porque parte del modelo económico de importación precisamente

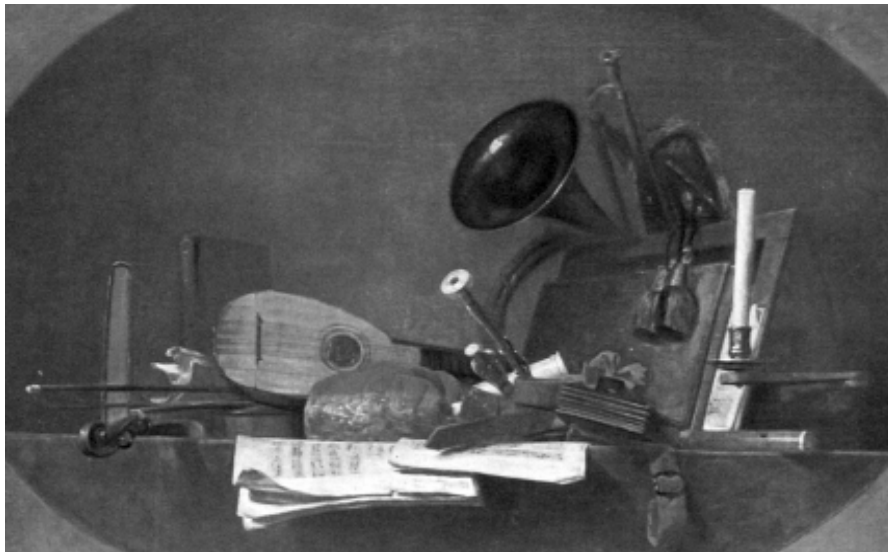
consiste en desmontar el pensamiento original de nuestros pueblos y fundirlo en el cauce central de lo que curiosamente se ha dado en llamar cultura norteamericana.

Como se puede apreciar, estamos enfrente de un caso grave que tiene raíces e implicaciones de enorme magnitud, que tienen que ver con el destino común de los mexicanos, especialmente de aquellos –la mayoría– que queremos seguir siendo nación, pueblo y cultura, en suma, que queremos seguir siendo México.



ARMANDO LABRA MANJARREZ

Economista por la Facultad de Economía de la UNAM y maestro en Economía por la Universidad de California (Berkeley). Ha ocupado diversos cargos en la administración pública estatal y federal. Fue electo diputado durante la L Legislatura representando al Estado de México (1976–1979). Profesor en distintas instituciones de educación superior, ha sido presidente de organizaciones como la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística y la Academia Mexicana de Economía Política, así como del Consejo Directivo del Colegio Nacional de Economistas. Editor y colaborador de diversos periódicos como *Excélsior* y *La Jornada*, es autor, entre otras obras, de *Narciso Bassols*, *Desde el espejo del nopal*, *Para entender la economía mexicana* y *Economía, política y sociedad en México, los años y daños del mito genial*.



Los atributos de la música (1765)
Jean Siméon Chardin (1699-1779)